



EL AMOR DE JESÚS EN LA EUCARISTIA

Nos credidimus caritati quam habet Deus in nobis.

«Nosotros hemos creído en el amor que Dios nos tiene.»

(I JOANN., IV, 16.)

NOSOTROS hemos creído y creemos en el amor que Dios nos profesa. Palabra profunda.

Existe la fe á la verdad de las palabras y de las promesas divinas, que se exige de todo cristiano; y existe asimismo la fe ó asentimiento al amor, fe más perfecta que la anterior, de la cual es complemento y corona.

La fe que se presta á la verdad será estéril si no conduce á la fe del amor.

¿Cuál es este amor en que debemos creer?

Es el amor de Jesucristo, el amor que nos atestigua en la Eucaristia, amor que es Él mismo, amor vivo é infinito.

Felices aquellos que creen en el amor de Jesús en la Eucaristia; estos tales aman, pues creer en el amor es amar.

Los que se contentan con creer en la verdad de

la Eucaristía no aman. Pero, ¿cuáles son las pruebas de su amor que nos da el Señor en la Eucaristía?

I

Está desde luego su palabra, su sinceridad. Jesús nos dice que nos ama, que ha instituido su Sacramento á causa del amor que nos tiene. Luego es verdad.

A un hombre honrado se le cree por su palabra: ¿por qué razón ha de ser menos digno de crédito Jesucristo?

Cuando un amigo quiere demostrar á su amigo que le ama, se lo dice en persona y le estrecha la mano con afecto.

Pues bien: Nuestro Señor Jesucristo, para notificarnos su amor, no se vale de los ángeles ni de ninguna clase de emisarios: viene Él mismo en persona; el amor no quiere intermediarios.

Y así, Jesucristo no se perpetúa sino para decirnos sin cesar: «¡Yo os amo; bien veis que os amo!»

Temía tanto Nuestro Señor Jesucristo que llegásemos á olvidarle, que fijó su residencia en medio de nosotros, escogiendo también de entre nosotros su servidumbre, á fin de que no pudiésemos pensar en Él sin pensar también en su amor. Dándose de esta manera, afirmándose así, tal vez pudiérase esperar que el hombre no le olvidaría.

Cualquiera que piense seriamente en la Eucaristía, todo aquel, sobre todo, que de ella participe, siente invenciblemente que Jesús le ama; comprende que tiene en Él un padre; considérase amado como un hijo, y cree poseer el derecho de acercarse á su padre y dirigirle la palabra. En la iglesia, al pie del

Tabernáculo, parecele que se halla en casa de su padre: tal es la creencia, la persuasión que le infunde Dios acerca de su amor.

¡Ah! ¡Por esto se comprende el interés de algunos en vivir cerca de las iglesias, á la sombra de la casa paterna!

Así Jesucristo, en el Santísimo Sacramento, nos dice que nos ama, nos lo dice interiormente y nos lo hace sentir. Creamos, pues, en su amor.

II

Pero, ¿me ama personalmente?

A esto no hay más que una respuesta: ¿Pertenezco yo á la familia cristiana? Pues si así es, ¿cómo ha de haber lugar á dudas? En una familia, el padre y la madre ¿no aman con igual amor á cada uno de sus hijos? Y si hay alguna preferencia, ¿no es siempre para el más débil y enfermizo?

Nuestro Señor Jesucristo tiene, por lo menos, con respecto á nosotros, los sentimientos de un buen padre: ¿por qué, pues, negarle esta cualidad?

Además, veamos cómo Jesucristo ejercita con cada uno de nosotros su amor paternal. Viene todas las mañanas para ver en particular á cada uno de sus hijos, para hablarle, visitarle, abrazarle. Aunque hace ya mucho tiempo que viene, su visita hoy es tan graciosa y amable como la primera vez. Él no ha envejecido, no se ha cansado de amarnos y de entregarse á cada uno de nosotros.

¿No se da enteramente á cada uno? Y si son en gran número los que le quieren recibir, ¿no se fracciona, sin que por esto deje de recibirle cada uno íntegramente?

Si la iglesia está llena de adoradores, ¿no puede cada uno de nosotros orar á Jesús y hablarle? ¿Y no es cierto que se le escucha y atiende como si estuviera solo en la iglesia?

He aquí, pues, el amor personal de Jesús. Cada uno lo toma para sí totalmente, sin que por esto cause perjuicio á los demás; así como el sol nos envía á todos y á cada uno toda su luz, y como el Océano es todo para cada uno de los peces y para la totalidad de los mismos. Jesús es mayor que todos nosotros, el manantial de su amor es inagotable.

III

La constancia del amor de Jesús en el Santísimo Sacramento, es una prueba irrecusable de su amor.

¡Qué cosa más aflictiva para el alma que conoce el estado del mundo! Célebranse diariamente en la tierra un número casi infinito de Misas, las cuales se suceden casi sin interrupción; y ¡cuántas de estas Misas en que Jesús se ofrece por nosotros, se celebran sin oyentes, sin asistentes! Mientras que sobre este nuevo Calvario Jesús pide misericordia, los pecadores ultrajan á Dios y á su Cristo.

¿Por qué, pues, Jesucristo renueva tan frecuentemente su sacrificio, siendo así que no se aprovechan de él?

Por qué? Nuestro Señor permanece noche y día sobre tantos y tantos altares, adonde nadie acude para recibir las gracias que Él ofrece á manos llenas?

Es que Jesús ama intensamente á los hombres, los aguarda y espera.

Si no viniese á nuestros altares sino en ciertos días, temería que algún pecador, movido por algún

buen deseo de arrepentimiento, le buscara y tuviese que esperar; prefiere esperar Él durante muchos años que hacer esperar un instante al pecador, cosa que le desalentaría tal vez al tratar de salir de la esclavitud del pecado.

¡Oh! ¡Cuán pocos son los que piensan que Jesús les ama hasta tal punto en el Santísimo Sacramento! Y, sin embargo, todo esto es cierto. ¡Ah! Nosotros no tenemos fe en el amor de Jesús. ¿Trataríamos á un amigo, á un hombre cualquiera como tratamos á Nuestro Señor Sacramentado?





EL EXCESO DE AMOR

*Prædicamus Christum ,
judæis quidem scandalum,
gentibus autem stultitiam.*

« Nosotros predicamos á
Jesucristo, escándalo para
los judíos é insensatez para
los gentiles. »

(1 Cor., I, 23.)

Qué diremos de las bajezas, de las humillaciones eucarísticas de Nuestro Señor Jesucristo?

Para permanecer con nosotros, Jesús se expone á la ingratitud y al ultraje. Nada le arredra.

Contemplemos á este divino Salvador tratado como no se trataría á persona humana, y persistiendo, sin embargo, en el deseo de hallarse con nosotros.

I

Nuestro Señor, que viene á nosotros trayéndonos tesoros infinitos de gracias, bien merece, sin duda alguna, nuestra gratitud.

¡Después de todo Él es Rey, es Dios! Que un grande de la tierra, que un Rey sobre todo, visite á un

pobre, á un enfermo, ¿quién no se sentirá agradecido por tal dignación y bondad?

La envidia, el odio mismo, muéstranse respetuosos ante la grandeza que se rebaja.

¿No merece, pues, Nuestro Señor Jesucristo que se le agradezca, que se le ame? Porque no nos visita solamente de paso, se queda, además, en medio de nosotros. Que se le pida ó no, que se desee ó no se desee su presencia, allí está para hacernos bien. Pues á pesar de ello, sólo Él deja de ser agradecido por el bien que hace. Con su presencia en el Santísimo Sacramento obra maravillas, verdaderos milagros de caridad; y no se aprecian, ni siquiera solemos fijar en ellos la atención.

En las relaciones humanas es vergonzoso ser ingrato; pero tratándose de Nuestro Señor Jesucristo, parece que es cosa natural serlo.

Y todo esto no retrae, no arredra á Jesucristo; sabíalo ya cuando instituyó la Eucaristía.

Su único deseo, su pensamiento capital es éste: *Deliciae meae*, mis delicias consisten en hallarme con los hijos de los hombres.

En el amor se da un grado de intensidad, en el cual el ser que ama desea hallarse con aquellos á quienes ama, aun sin ser correspondido.

¿Podrá una buena madre dejar de amar á un hijo idiota? ¿Dejará una esposa digna de amar á su esposo demente?

II

Nuestro Señor Jesucristo parece que va á buscar los ultrajes; en manera alguna se cuida de su honor. ¡Ay, horroriza pensarlo! En el día del Juicio senti-

remos honda pena por haber vivido al lado de quien tanto nos ama, sin casi habernos dado cuenta de ello.

Nuestro Señor viene, en efecto, sin aparato ni majestad; en el altar, bajo los velos eucarísticos, parece que ha dejado de existir.

¿Es esto bastante rebajamiento?

Y Jesucristo, para así rebajarse, ha tenido que desplegar todo su poder. Él sostiene estos accidentes por un prodigio; deroga y contradice todas las leyes naturales para humillarse. ¿Quién podría envolver el sol con una nube de espesor bastante para que interceptara su luz y calor? Este sería el mayor de los milagros. ¡Pues esto es precisamente lo que hace Jesucristo con su Persona: bajo las especies eucarísticas, tan débiles y ordinarias de suyo, se halla Él con toda su gloria y esplendor, con los inefables atributos de la divinidad!

¡Oh, no reprochemos, pues, á Jesús, no le avergoncemos, por haberse humillado tanto, haciéndose tan pequeño!

Su amor lo ha querido; un Rey que no desciende de su regio trono, podrá honrar á sus súbditos, pero no los ama; Nuestro Señor, por el contrario, desciende Él mismo, luego nos ama.

III

Pero Nuestro Señor pudiera llevar en pos de sí un cortejo de ángeles visibles y armados para su custodia.—No quiere el Señor tales acompañamientos, por la sencilla razón de que estos ejércitos de ángeles nos atemorizarían ó humillarían con el espectáculo de su fe, de su acatamiento á la majes-

tad divina; ¡Jesucristo viene solo, abandonado, para humillarse más; el amor descende, descende siempre!

IV

Si un Rey se revistiera de pobres vestiduras para poder llegar más fácilmente á la casa de un súbdito á quien quisiera consolar, sería ya esto un rasgo de extraordinario amor. Y, sin embargo, aun con aquel disfraz, su palabra y sus maneras nobles y distinguidas le delatarían muy en breve.

Pues Jesucristo rehusa aún esta gloria personal en el Santísimo Sacramento.

Cubre su hermoso rostro. Hace callar á su divina boca, la boca del Verbo.

Todo esto sería causa de que se le honrase más de lo que Él desea, colocándole muy por encima de nosotros; y lo que Él quiere es descender hasta nosotros.

¡Ah!, respetemos, pues, las humillaciones de Jesucristo en la Eucaristía.

V

Un Rey que descendiese por amor hasta ponerse en trato y correspondencia íntima con uno de sus pobres súbditos, conservaría todavía su libertad de hombre, su acción propia; si fuera atacado, podría defenderse, ponerse á salvo y pedir auxilio.

Pues Jesucristo se entrega sin defensa alguna; hasta pierde su acción propia. Ni puede lamentarse, ni buscar un refugio, ni dar voces en demanda de socorro. Ha prohibido á sus ángeles que le defien-

dan y que castiguen á los que le insultan, á pesar de que existe el instinto de amparar á cualquiera que se vea atacado ó en peligro: mas Jesucristo ha rehusado toda defensa; si es atacado, nadie saldrá á defenderle. Jesucristo en la Eucaristía es Hombre y Dios; pero no ha querido revelar en ella sino el poder de amar y de humillarse.

VI

Pero, Señor, ¿por qué esto? ¿por qué este exceso? Yo los amo, los veo, los espero; voy hacia ellos. *Deliciae meae*: ¡mis delicias consisten en estar con los hombres!

Y, no obstante esto, nos atraen fuertemente y nos fascinan el placer, la ambición, los amigos, los negocios; todo antes que Jesucristo.

El que sea el último, en viático solamente, si la enfermedad concede treguas para ello, ¿no es esto suficiente?

¡Oh Señor!, ¿por qué queréis venir á los que no os quieren, y os obstináis en permanecer con aquellos que os rechazan?

VII

¿Quién consentiría en hacer lo que ha hecho Jesucristo?

Instituyó su Sacramento para que se le honrase en él, y ciertamente en él recibe más injurias que gloria; el número de los malos cristianos es mayor que el de los cristianos fieles.

Nuestro Señor va perdiendo.

¿Por qué, pues, continúa este comercio? ¿Quién

querría comerciar con la completa seguridad de perder?

¡Ah! Los santos que ven, que comprenden tanto amor y tanto rebajamiento, deben estremecerse poseídos de santa cólera, deben hallarse indignados al vernos tan poco agradecidos.

Y el Padre dice al Hijo: Hay que concluir; tus beneficios de nada sirven; tu amor es menospreciado, tus humillaciones inútiles; estás en pérdida, terminemos.

Y Jesucristo no quiere. Persevera, aguarda, se contenta con la adoración y el amor de algunas buenas almas. ¡Ah! nosotros al menos no dejemos de corresponder á las finezas de su amor.

Sus humillaciones y sacrificios, ¿no merecerán que le honremos y amemos?



LA EUCARISTÍA Y LA FAMILIA

Non relinquam vos orphanos.

«No os dejaré huérfanos.»

(JOANN., XIV, 18.)

LA *Imitación de Cristo* ha dicho: «Cuando Jesús está presente, todo anda bien; cuando está ausente, es un infierno.»

¿Qué sería de nosotros si el Salvador se hubiese contentado con vivir su vida mortal?

Esto hubiese sido ya, sin duda, una gran misericordia, y hubiese bastado para merecernos la salvación y la gloria eterna; pero esto no obsta para que fuésemos los más desgraciados de los hombres. Y ¿cómo esto? dirá alguno. Con la gracia, la palabra de Jesús, sus ejemplos y los testimonios excesivos de su amor, ¿seríamos tan desdichados? Sí, así sería en efecto.

I

He ahí una familia agrupada, unida alrededor de su cariñoso padre: esa familia es feliz. Mas el jefe de ella ha sido arrebatado de este mundo; las lágrimas

ocupan el lugar de la alegría y la felicidad; aquello no es ya una familia: falta el padre.

Ahora bien; Jesús vino al mundo á fundar una familia; sus hijos estarán contentos—dice el Profeta,—alrededor de su mesa como las nuevas plantas del olivo. Que desaparezca nuestro jefe, y la familia se habrá dispersado.

Sin Nuestro Señor Jesucristo, nosotros nos hallaríamos como los Apóstoles durante su Pasión, errantes y sin saber qué hacer; y, sin embargo, ellos estaban cerca de Jesucristo; de Él lo habían recibido todo; habían presenciado sus milagros; su vida se había deslizado ante su vista: todo esto es verdad, pero faltaba el Padre; ellos no constituían ya una familia, no eran ya hermanos: cada uno iba por su lado.

¿Qué sociedad puede subsistir sin jefe?

La Eucaristía es, pues, el lazo de unión de la familia cristiana: quitadla y habrá desaparecido la fraternidad.

Los protestantes, que no poseen la Eucaristía, ¿han conservado acaso la fraternidad cristiana? No, ellos son extranjeros los unos con respecto á los otros. Aun cuando se hallan reunidos en sus templos, no forman una familia; cada uno es libre para pensar y hablar lo que le parezca; sus templos no son sino grandes salones: ¡Así convidan al recogimiento, á la oración!

¿Los católicos que no frecuentan la Eucaristía son hermanos? No puede decirse que lo sean; y en las familias en que el padre y los hermanos no comulgan, el espíritu de unión se aleja, la madre es una mártir y las hermanas son perseguidas. No, no, sin la Eucaristía no hay familia cristiana.

Mas si Jesucristo reaparece, renace la familia. Ved la gran familia de la Iglesia: en ella hay fiestas, y se comprende; fiestas en honor del padre de familia, de la madre, de los santos, que son nuestros hermanos; estas fiestas tienen su razón de ser.

¡Ah! ¡Jesús sabía bien que mientras dure la familia cristiana, Él había de ser su padre, su centro, su alegría, su felicidad!

Así que, cuando nosotros nos encontramos, podemos saludarnos fraternalmente; nos levantamos de la misma mesa; por esto los Apóstoles llamaban insintiyamente hermanos suyos á los primeros cristianos.

¡Ah! el demonio sabe muy bien que alejando de la Eucaristía á las almas destruye la familia cristiana, y nos hacemos egoístas; pues no hay más que dos amores: ó el amor de Dios, ó el amor de sí mismo; preciso es entregarse al uno ó al otro.

II

En la presencia de Jesucristo encontramos además nuestra protección y salvaguardia. Jesús ha dicho: «Vosotros no os defendáis. Si se os insulta, perdonad; si se quiere vuestra capa, dad también vuestra túnica.» Jesús parece que aquí en la tierra, no nos da sino un derecho, el derecho á la persecución y á la maldición de los hombres.

Y bien; si se nos quita la Eucaristía, ¿dónde iremos á tomar fuerza para seguir tal doctrina?

La vida no sería ya soportable. Jesús nos habría condenado á intolerables galeras. ¿Qué Rey abandona á su pueblo, después de haberle empeñado en sangrienta guerra?

Tenemos, es cierto, la esperanza del cielo. Pero ¡cuán lejos se halla esta recompensa! ¡Cómo! ¿Tengo que vivir todavía veinte, treinta, cuarenta años en esta tierra de miserias, y durante todo ese tiempo tendré que vivir sólo con una esperanza tan remota?

Pero mi corazón tiene necesidad de consuelo; necesita desahogarse en el seno de un amigo.

Aunque quiera no podré hallar este amigo en el siglo: ¿A quién iré, pues? Quien no tiene fe en la Eucaristía responde: Abandonaré la religión, y tomaré otro camino que me deje libre. Esto es lógico: no es posible vivir siempre entre penas y tormentos, sin gozar jamás de consuelo; es imposible vivir sin Jesús.

Id, pues, á buscarle en su Sacramento: Él es vuestro amigo, vuestro guía, vuestro padre. El hijo que acaba de recibir un beso de su madre no es más feliz que el alma fiel que ha conversado unos momentos con Jesús.

No comprendo que los que sufren no tengan una gran devoción á la Eucaristía; sin ella, caerán en la desesperación. Y no es extraño: San Pablo, aun dotado de tantas gracias, encontraba la vida pesada y enojosa.

¡Oh, sí, sin la presencia de aquel que dice á las pasiones: No subiréis más alto, no invadiréis la cabeza y el corazón de este hombre, se cae en la locura!

¡Qué bueno ha sido Jesús perpetuándose en la Eucaristía!

III

Su sola presencia disminuye el poder de los demonios, y les impide dominar como antes de la En-

carnación; así que, desde la venida del Salvador, es escaso relativamente el número de los posesos por Satanás; en los países infieles abundan más que en los nuestros, y el reinado del demonio se acrecienta á medida que disminuye la fe en la Eucaristía.

Y vuestras tentaciones, tan terribles y furiosas algunas veces, ¿no se calman con frecuencia cuando entráis en una iglesia y os ponéis en relación con Jesús Sacramentado? Siempre es Él, sabedlo bien, quien manda á las tempestades y es obedecido.

Jesús está, pues, con nosotros; y mientras tenga un adorador sobre la tierra, estará con él para protegerle.

He aquí el secreto de la larga vida de la Iglesia. ¿Se teme á los enemigos de la Iglesia? Esto indica falta de fe.

Pero es necesario honrar y servir á Nuestro Señor en su Sacramento. ¿Qué podría hacer un padre de familia á quien se menospreciase é insultase? Se marcharía.

Guardemos bien á Jesús, y nada habremos de temer.

Si amamos á Jesús en la Eucaristía, si nos arrepentimos de nuestras faltas cuando nos hayamos desviado de su santa ley haciéndole sufrir, Él no nos abandonará.

Lo esencial es que no le abandone yo primero, á fin de que pueda siempre decir: Tengo uno en mi casa.

Y cuando el fuerte armado ocupa su casa, la familia descansa en paz.

